

tumbrada. Lo dejamos, contra su deseo, completamente aislado, y al buen rato, al regresar, nos leyó su producción.

— ¿Qué tal me han salido estos párrafos? — preguntó con sencillez.

Miró disponiase a elogiarlos cuando yo me anticipé:

— Oscuros, vagos, inciertos, muy de prisa...

— Pues se harán otros — replicó Rubén con prontitud, sin esperar siquiera el fundamento de mi crítica; y doblando las cuartillas las rompió en muchos trozos con la propia tranquilidad y con el propio gesto que lo hiciera con el pan que que acababa de tomar del cesto.

No se habló más del asunto por considerarlo baladí.

Después, mucho después, supe que de aquellas cuartillas vivía el opulento, como el pájaro errante vive de los granos dispersos en los campos. ¡Oh artista!

DAVID PEÑA.

Buenos Aires, febrero de 1916.

Recordando a Darío.

Aún me parece verle como le vi aquella noche, rara entre todas las noches. Era en los tiempos del viejo Ateneo — ¡ay! —, hace ya como veinte años. Uno de nosotros, creo que el «sabio barón tudesco» de los célebres *Versos de Año Nuevo*, aquel que

nos decía cosas profundas
y en un lenguaje pintoresco
daba lauros y daba tundas,

preguntó al conclave si conocía *les huîtres à la prairie*. Y ante la respuesta en contra, fuímonos todos a rodear la mesa propiciatoria de un restaurant-templo.

El anfitrión, con arte y solemnidad dignos del maestro Brillat-Savarin, dispuso en una fuente

tantas yemas de huevo como comensales éramos, y después de espolvorear cada una con sal, pimienta, curry y sabe Dios qué otros ingredientes, y de añadir salsas científicas y preparados exóticos, declaró que aquellas eran «las ostras de la pradera».

Por lo que recuerdo, su sabor no era exactamente desagradable, sobre todo rociadas, como fueron, con champagne. La conversación era enorme, el chocar de paradojas indescriptible. Rubén, silencioso, sonreía para adentro. Apenas si el parpadear insistente y la comisura vibrátil de los labios lo denunciaba. De pronto, entre dos sorbos, rompió a hablar... Un torrente no da idea; fué un huracán, un verdadero huracán de metáforas, de imágenes, de sueños, de cosas entrevistas y desvanecidas en la niebla lírica de su lenguaje. ¿Qué dijo? No lo sé, no lo recuerdo. Ante nuestros ojos — los ojos de los más jóvenes —, dilatados por la admiración, desfilaron gigantescos caballos con alas, elefantes de colmillos de oro, caravanas de astros, rosas abiertas, de cálices sangrientos, a la vera del ca-

mino en que el glorioso dios Pan vagaba con su sonora flauta; y más allá, ninfas, tumbas, filósofos, cortesanos, pirámides de espejismo y de locura, todo envuelto en aquella lírica sutil, confiante del absurdo y que — ¡oh prodigio! — moviase siempre alerta, dentro de la razón y de la gracia.

No era la primera vez que le oía, pero jamás le vi como aquella noche. Ninguno de cuantos le escuchábamos dejó de sentir en el fondo de su corazón acrecido el cariño hacia el estupendo doctor estético que en tal cenáculo de incrédulos desgranaba con éxito absoluto las perlas legítimas de su asombrosa facundia...

Yo no sé cómo no me hice decadente. Sin duda me salvó la «palingenesia calchaquí» de que, años andando, habló el poeta...

¡Pobre Rubén! Si sus versos desconcertantes, su estética nueva, inquietaban de lejos, el hombre, el tipo físico, aquel mancebo alto y exangüe, con su cara seria, su boca cerrada y sus ojos parpadeantes, imponía más aún. Sus silencios inacabables, sus timideces abrumadoras, sus

raras sonrisas y medias palabras constituíanlo a veces, por horas enteras, enigma viviente. Y de golpe, vencida la inhibición, dominaba a su auditorio, lo fascinaba y hasta lo enloquecía con el hechizo arrobador de sus pensamientos únicos y de sus frases insondables.

¡Pobre Rubén! La última vez que le vi, hace pocos años, afeitado, enlevitado, grueso y triste..., era siempre él; pero él ya no era el poeta de Eulalia, el cantor de *Los Raros*, el caballero lírico de la gran cruzada literaria que empezó en *Azul*. Era, ¡pobre Rubén!, un príncipe de las letras que escribía sus *Memorias* y daba conferencias. De su alta frente, de sus ojos profundos ya no descendía aquella vívida luz de su juventud gloriosa, sino una sombra, la sombra de la muerte, que al fin acaba de arrebatárnoslo para siempre...

CARLOS CORREA LUNA.

Rubén Darío.

Notas efímeras.

I

Aquella tarde, después de leer la última página de *Le Vergini delle Rocce*, me disponía a salir; estaba frente al espejo echando un postrer vistazo al moño de mi corbata — que por aquel entonces era la principal preocupación de mi *toilette*, no teniendo aún la del bigote, pues apenas apuntaba el bozo en mi labio de adolescente —, cuando el mucamo anunció desde el patio: — El Sr. Rubén Darío.

Mientras estrechaba su mano pequeña, «su mano de marqués», el maestro se sonrió con la sonrisa habitual que daba a su fisonomía un aire extraño, a causa quizá de que la influencia de

aquella no llegaba hasta sus ojos, que permanecían serenos, impasibles, entrecerrados, como absorbidos en la contemplación de algo interior, probablemente de la sublime visión de belleza que duró toda su vida y que le hizo parecer menos crueles las horas adversas de su existencia errante.

— ¿Y Luis?

— Salió.

— ¿No le dijo si volvería?

Hice una señal negativa con la cabeza.

— ¡Caramba!—continuó—; siento mucho; tengo algo nuevo que comunicarle.

Y, después de un gesto que manifestaba su contrariedad, agregó:

— ¿Quiere acompañarme usted?

— Con mucho gusto, Rubén.

Al salir tomamos un carruaje, una de esas *victorias* viejas y descoloridas que más parecen *derrotas*, y que hoy, derrotadas por los automóviles, tienden a desaparecer. Darío dió la orden al auriga:

— A Palermo.

El coche partió al trote lánguido y descompuesto de la yunta de *matungos*, cada uno de los cuales habría podido servir de modelo para dibujar la silueta de *Rocinante*.

Durante el trayecto el poeta habló muy poco; temiendo importunarle, no le dirigí la palabra, dejándole abstraído por completo en su silenciosa meditación. Ya en Palermo, frente al café de Hansen, hizo detener el coche. A pesar de que las mesas estaban desocupadas casi en su totalidad, tomamos asiento junto a una de un apartado rincón, que eligió Darío, para precaverse seguramente contra la multitud que, como de costumbre, más tarde afluiría a aquel sitio.

— ¿Ve usted?—me dijo sentándose, mientras me mostraba un manuscrito que había extraído del bolsillo interior del saco—; ésta es sin duda mi mejor producción. He trabajado mucho, pero estoy satisfecho.

— ¿En verso? — le pregunté.

— No, en prosa. Son las primeras páginas de una novela titulada *El hombre de oro*.

Yo no me atrevía, aunque lo deseaba ardien-

temente, a pedirle la lectura de aquellos originales. Sin duda mis ojos fueron más elocuentes que mis labios, pues en una mirada que el maestro me dirigiera adivinó, comprendió mis ansias. Sonrióse amablemente, y mientras su vista se perdía de nuevo quién sabe en qué nebulosa visión de alguna remota Thule interior, me dijo:

— Escuche usted.

Y así fué como conocí, de labios del poeta, el contenido de aquellas páginas maravillosas. En ellas se encontraba una reconstrucción de la Roma de Augusto, que en nada desmerecía junto a la que Flaubert hizo de la Cartago de Amílcar, puesto que estaba hecha con el pleno conocimiento que Rubén tenía de las leyes, de los hombres y de las costumbres de aquellos tiempos; conocimiento que había adquirido a fuerza de investigaciones y de estudios históricos. Pero el paciente erudito en nada dañaba al orfebre, más paciente todavía. La prosa de Darío había llegado a la plenitud de su belleza artística; jamás los preceptos que Gautier dictara para el verso fueron aplicados a la prosa con tan sobe-

rana maestría. El artífice supremo esculpía, cincelaba. Su verbo triunfador, al describir, empleaba todos los colores imaginables, desde las vagas y grises medias tintas del claroscuro hasta las tornasoladas claridades del iris, y al cantar hacía gemir, empapada en la humedad de los juncos silvestres, la flauta de un sátiro, vibrar en una explosión de sonoridades cálidas las trompetas de bronce, o sollozar con un desmenuzamiento de notas imperceptibles el alma de los violines.

Para hacer el retrato de sus personajes aplicaba el sistema psicológico de Whistler, de manera que en los rasgos expresivos de sus semblantes manifestaban sus vicios ocultos y sus pasiones secretas. No olvidaré, por cierto, el que trazó de Vitelio; los datos de Suetonio, de Tácito y de Plutarco le sirvieron para fijar definitivamente aquella truhanesca figura de borracho y de glotón.

No olvidaba el más mínimo detalle: recuerdo que una de las cosas que le preocupaban en alto grado era la taumaturgia, que estaba en

auge en los tiempos en que debía desarrollarse la acción de su novela.

El fondo filosófico de la obra era amargo y daba un mentís a todas las leyendas que se habían bordado en torno de Judas, «el hombre de oro». Según Darío, el traidor, lejos de ahorcarse, vivía tranquilamente en Roma gozando el fruto que recibiera en pago de su infamia.

Para mis diez y ocho años aquello fué un prodigio. Sólo los que hayan tenido la suerte de escuchar al gran poeta comprenderán la emoción profunda que aquella lectura me produjo. Cuando el maestro terminó, pudo verla reflejada en mi semblante.

Haciendo comentarios, subimos al coche y regresamos al centro. El resto de aquella noche, memorable para mí, lo pasamos en compañía de algunos amigos y camaradas del Ateneo.

Al volver a mi casa empezaba ya a aclarar; mi espíritu continuaba influenciado por la lectura de Rubén, y en la juvenil aurora de mi alma

Cantaban los dulces violines de Hungría.

II

Al penetrar en la sala de lectura del Ateneo, anochece; sentado junto a la ventana, por donde aun entraba un poco de luz, vi a Rubén Darío: estaba solo, leyendo.

— Ando en busca suya — le dije, mientras él levantaba la vista al oír el rumor de mis pasos.

— Llego usted con toda oportunidad — me contestó — para conocer el personaje que más abunda y que sin embargo hasta ahora nadie se había detenido a estudiar. Aquí está perfectamente biografiado en los múltiples cargos que desempeña — decía el poeta, golpeando con una mano la carátula de una *plaque* que sostenía con la otra.

— ¿Y qué personaje es ese que tantos cargos tiene? — pregunté con explicable curiosidad.

— *Celui-qui-ne-comprend-pas.*

— ¿Es académico ese señor?

— Académico y epidémico. ¿No le he dicho que abunda? ¿Quiere conocerlo?

— ¡Ya lo creo que sí!

Fuimos a casa en busca de mi hermano Luis, en cuya compañía cenamos. Entre uno y otro plato, Rubén nos leyó casi íntegro el folleto de Remy de Gourmont. En él se detallaba y catalogaba minuciosamente, con sangrienta ironía, las diversas especies del conocido personaje: no faltaba un solo miembro de la extensa familia de *Celui-qui-ne-comprend-pas*.

Terminadas cena y lectura, nos dirigimos al Politeama para ver *Hamlet*, interpretado por Novelli.

— ¡Qué diferencial! — exclamó Darío al final, aludiendo a una representación de *Papá Lebonnard*, a la que habíamos asistido la noche anterior—. Esto es arte puro, la verdadera tragedia, en la que puso el genio su soplo divino. La obra de Aicard es una comedia adocenada, hecha para conmover a las gentes vulgares que se hallan propicias al sentimentalismo, mientras hacen buenamente su digestión en palco o en platea.

De Novelli dijo que era un grande actor y que interpretaba con acierto el carácter hurafío del príncipe legendario, que como un fantasma vagó por los oscuros corredores del palacio de Elsenor.

En seguida habló del teatro de Schiller, de Goethe, de Hugo. Me atreví a interrumpirle para indicar mi entusiasta admiración por *Wallenstein*, a lo cual hizo un gesto de aprobación. Como Luis le manifestase que tenían deseos de presenciar una representación de *Los Burgraves*, dijo:

— Habría que contemplarla al través de un enorme vidrio de aumento.

Dijo cosas muy bellas a propósito de Ibsen y de D'Annunzio, por quienes tenía marcada predilección. Después nos refirió detalladamente *L'Intruse*, de Mæterlinck: todo el misterio sugestivo de aquella obra palpitaba en sus gestos, tan expresivos y reveladores como sus palabras. Y así, escuchando al maestro, transcurrió también aquella noche, como tantas otras involuables.

Continué cultivando durante mucho tiempo la amistad de Rubén Darío, hasta que un día me vi obligado a abandonar la capital por el campo, hacia donde me arrastraba imperiosamente la lucha por la existencia. Antes de dejar Buenos Aires quise despedirme del poeta.

— ¡Cómo! — me dijo al conocer mi determinación —; ¿reniega usted de las letras?

— No, Rubén — le contesté —; yo... no reniego ni renegaré jamás de las letras, pero...

— Hace usted muy bien — me interrumpió con acento cariñoso y estrechándome la mano al notar mi emoción —; en ellas encontrará siempre algún consuelo en medio de los inevitables contratiempos que le esperan.

Más tarde pude comprobar toda la verdad que aquellas palabras encerraban.

Al día siguiente, en el salón del vapor que remontando el Paraná me alejaba de la ciudad amada, había una animación extraordinaria. Los pasajeros, hacendados casi en su totalidad, conversaban acaloradamente de las pingües ganancias obtenidas con las operaciones recién-

temente realizadas. Unos jugaban a los naipes, otros pedían de beber, otros reían fumando satisfechos sendos *Murias* de 25 centímetros de largo.

Solo, en un rincón, escuchaba aquel nutrido chubasco de vulgaridades, y me mortificaba la idea de que también yo tenía que dedicarme a criar vacas, para lo cual no sentía vocación. De pronto, sin saber por qué, mis labios murmuraron una sencilla frase de Camilo Desmoulin: «Yo había nacido para hacer versos.»

... Cerré los ojos; mi espíritu se fué alejando poco a poco del ambiente que me rodeaba, y a pesar de que alguien machacaba en el piano un vals de moda, mis oídos, sordos a aquel estrépito, empezaron a escuchar un aire suave ejecutado por violines a la sordina, y mis ojos, cerrados, comenzaron a divisar un paisaje encantador. ¿Qué música y qué paisaje eran aquellos? Algunos versos de *Prosas profanas* me lo revelaron. Y mientras el pianista contiinuaba machacando en las teclas su vals favorito, lejos, muy lejos del salón del vapor lleno de estan-

cieros satisfechos, en la infinita profundidad de mi alma

Cantaban los dulces violines de Hungría.

* * *

A Rubén Darío no volví a verlo nunca más. El apretón que me dió su «mano de marqués» antes de ausentarme para el campo, fué el último. Cuando Darío vino por segunda vez a Buenos Aires, ya me encontraba en Entre Ríos junto al lecho de mi esposa, que se hallaba gravemente enferma. En cuanto pude bajé a la capital con el único objeto de saludarlo, pero el poeta acababa de partir.

Sin embargo, siempre alimenté la esperanza de volverlo a ver. Últimamente estaba casi seguro de poderla realizar, debido a su anunciado viaje a este país.

Y ahora, cuando menos lo pensaba, me llega la noticia de su muerte. Al tener conocimiento de ella, una tristeza inmensa, mezcla de congojas y de desencantos, se apoderó de mi espíritu, y

los recuerdos de mi juventud, dorada por la íntima y respetuosa amistad que me ligó al maestro, comenzaron a punzar mi memoria como agudos estiletes. El escozor que éstos me producían fuése trocando en un dolor intenso, y las lágrimas asomaron lentamente a mis ojos...

La *féerie* a la que nos tenía acostumbrados el estro mágico de este magnífico emperador del Ritmo, ha terminado. Su alma—lírica y divina Filomela—ha ascendido tan alto, tan alto, que en adelante no nos será posible escuchar sus acentos melodiosos. ¡Ya no volverán a cantar nuevas armonías los violines húngaros! El poeta ha muerto...

... les violons son partis.

EMILIO BERISSO.